rado statias barsasses estado en los pasieron delauto, helecar

to unclosely sens and believes begins a covision and sometimes dende

and a few content of the content of

para que me den absolucion : donde no hay materia no tiene que buscar forma : yo tengo ganado lo que prometí, y cuando no fuere verdad, y se viere palpablemente, castiguenme como quisieren: ¿de qué sirven las palabras donde hay obras? Digo que esta conserva es de la que ayer se trajo; y no solo esta, pero un barril entero está en mi aposento. Santiguábase monseñor, maravillado cómo pudiera ser: en cuanto acabó de comer y alzaron la mesa. no hacia otra cosa que santiguarse con toda la mano; y deseoso de certificarse de ello, se levantó, y fué á mirarlo por sus ojos. Habia puesto ciertas señales, hallólas fieles, el número cabal, consigo la llave, no sabia como fuese; creyó con mas veras que compré el barril, y díjome : Guzmanillo, ¿no sabes que metiste aquí tantos? Pues cuéntalos : yo los conté, y le dije : Monseñor ilustrísimo, cabales están, pero de lo contado come el lobo: ya veo que están buenos, mas no todos, y para que así se vea, tráigase uno que tengo en mi aposento, y abran aquel que allí está, y hallaránle trocado. Abriénronle, conociendo mi verdad y sutileza, porque la tierra y trapos viejos lo manifestaron; quedaron admirados de pensar cómo pudiera haber sido; todos me lo preguntaron, mas á ninguno lo dije. Luego supliqué se cumpliese conmigo lo prometido : así se hizo : mandáronme dar otro, y tuve dos : pero para que conociesen de mi ánimo ser noble, tal como me le entregaron le di á los pajes mis compañeros que lo partiesen entre sí; y aunque monseñor quedó escandalizado de la sutileza del hurto, admiróse mas de mi liberalidad, y túvolo en mucho. Temíase de mis malas mañas, y sin duda entonces me echara de su casa si no fuera tan santo varon; hizo una consideracion : si á este desamparo, algun gran mal podrá sucederle por sus malas costumbres; las cosas que en mi casa hace son travesuras de niñez, y de lo que no me pone en falta: menor dano es que á mí se atreva en poco, que con la necesidad á otros en mucho. Con esto hizo (para mejor disimularlo) del vicio gracia; y es gran prudencia, cuando el daño puede remediarse que se remedie, y cuando no que se disimule. Hízose risa de ello, contándolo á cuantos príncipes y señores le visitaban en las conversaciones que se ofrecian.

vez pagas tienes seruenas viere ema lo sacceto del los harriles, v

the proper of the property of the structure of second of second of the property of the structure of the second of

ob altra to sup obtains as margin to the control of the control of

De otro hurto de conservas que hizo Guzman de Alfarache á monseñor, y como por el juego él mismo se fué de su casa.

La ordenacion de la caridad (aunque antes quedó apuntado). digo que comienza de Dios, á quien se siguen los padres, y á ellos los hijos, despues á los criados, y si son buenos, deben ser mas amados que los malos hijos. Mas como no los tenia monseñor, amaba tiernamente á los que le servian, poniendo (despues de Dios v su figura, que es el pobre) todo su amor en ellos; era generalmente caritativo, por ser la caridad el primer fruto del Espíritu Santo, y fuego suyo, primero bien de todos los bienes, primer principio del fin dichoso : tiene inclusas en sí la fe y esperanza, es camino del cielo, ligaduras que atan á Dios con el hombre, obradora de milagros, azote de la soberbia, y fuente de sabiduría. Deseaba tanto mi remedio, como si de él resultara el suyo. Obligábame con amor, por no asombrarme con temor; y para probar si pudiera reducirme á cosas de virtud, me regalaba de la mesa, quitándome las ocasiones y deseo; de su plato, de sus niñerías, cuando las comia, partia conmigo, diciéndome con mucho amor: Guzmanillo, esto te doy por treguas, en señal de paz; mira que como el dómine Nicolao contigo no quiere pendencia, conténtate con este bocado, y con que te reconozco vasallaje dándote párias. Decíalo sonriéndose con alegre rostro, sin reparar que estuvieran en su mesa cualesquier señores: era humanísimo caballero, trataba y estimaba sus criados, favorecíalos, amábalos, haciendo por ellos lo posible; con lo que todos le amaban con el alma, y servian con fidelidad, que sin duda al amo que honra, el criado le sirve, y si bien paga, bien le pagan, pero si es humano, le adoran. Y al contrario, al señor soberbio, mal pagador, de poco agradecimiento, ni le dicen verdad, ni le hacen amistad, no le sirven con temor, ni regalan con amor; es aborrecido, odiado, vituperado, pregonando en plazas, calles y tribunales, desacreditado con todos, y defendido de ninguno. Si supiesen los señores cuanto les importan honrados y buenos criados, la comida se quitarian para dársela, por ser ellos la verdadera riqueza; y es imposible que sea el criado diligente con el señor que no le amare.

Trajéronle á monseñor de Génova unas cajas de conservas muy grandes, muy doradas, labradas por encima, lo que se podia de-

sear : eran frescas, acabadas de hacer, y en el camino habian tomado alguna humedad. Cuando se las pusieron delante, holgóse de verlas, y mas por haberlas hecho y enviado una señora deuda suya, de quien solia ser ordinariamente regalado; yo no estaba en casa, y en tanto que volvia entraron en acuerdo qué se haria de ellas, ó dónde se podrian enjugar que tuviesen salvoconducto de mi persona; porque como se hubiesen de poner al sol, corrieran peligro aun dentro de la urna con las cenizas de Julio César. Cada uno dió su parecer, y ninguno bueno. Monseñor acordó en una cosa, y dijo: No hay para que buscar donde guardarlas; dándoselas que las guarde, tendrán seguridad, y no de otra manera. Cuadró á todos la razon, y luego como vine me dijo: Guzmanillo, ¿ qué habemos de hacer de estas conservas, que vienen húmedas, para que no se acaben de perder? Yo dije: Lo mas cierto me parece, monseñor ilustrísimo, comerlas luego. ¿Y atreviéraste á comerlas todas? me preguntó. Respondíle: No son muchas á mi parecer, si el tiempo fuese mucho mas; no soy tan comedor que para luego me atreviera solo con tanta y tan honrada gente. Pues yo quiero que las guardes, y tengas cuenta con sacarlas al sol cada dia, que aquí no hay lance, por cuenta se te han de entregar, y las tienes de volver; descubiertas van y llenas, asegurado estoy del dano que les puede venir. Yo no lo estoy (le respondí) de mí mismo, ni del que les podria hacer, que soy hijo de Eva, y metido en un paraiso de conservas, podríame tentar la serpiente de la carne. Volvió á decir: Pues mira como ha de ser, que me las tienes de dar como te las doy, tan enteras y cabales, ó mira por tí lo que te va en ello. Volvile á decir: No viene el pleito sobre ese artículo, que hasta volverlas como están, sin que se les conozca falta ni dano, cosa es fácil; otra es en la que reparo. ¿En qué reparas? me volvió á preguntar. Díjele : Que me pongo á gran peligro, porque conozco de mi habilidad y flaqueza, que cumpliendo con lo que se manda, forzoso he de gustar mucha parte de ello. Monseñor, admirándose, dijo: Ahora, pues, en esto quiero ver lo que sabes, dóite licencia que comas hasta que te hartes una vez, con tal condicion, que me las vuelvas á entregar sin que se les conozca falta, y si se le conociere me lo has de pagar. Aceptélo, fuéronme todas entregadas; otro dia saquélas al sol en unos corredores, y entre todas habia una de azahar y limon que á la vista se venia. Lleguéme bonico con un cuchillo pequeño, quitéle las tachuelas del suelo, y dejándola trastornada sobre la tapa, con el mismo cuchillo la saqué casi la mitad por abajo, volviéndola á clavar como primero, poniendo en lugar de conserva otro tanto de papel de estraza, cortado á la medida, y tan justo, que no habia mas que ver. Estando monseñor aquella noche haciendo colacion, trájele á la mesa cuatro cajas de aquellas, y preguntéle ¿si habia hecho buena guarda? Respondióme : Si así están las demás,

vo me contento: fuíselas trayendo todas, y holgóse de verlas, porque estaban algo mas enjutas y cabales: luego volví con un plato, y en él todo mi hurto, que en realidad de verdad, aun de ello no probé cantidad de una nuez; aquello hice solamente para la ostentacion del ingenio. Cuando lo vió me preguntó: ¿ Oué es esto? Yo le respondí: Parto con vuestra señoría ilustrísima de mi hurto. Él me dijo: Yo mandé que te hartases, mas no que hurtases, perdido has esta vez. Repliquéle: Yo no me he hartado, ni lo he probado; no pienso perder por ese camino, que eso es de lo que me he de hartar, y todo el hurto entero, como se podrá bien ver; y si del haber usado virtud ha de resultarme dano, no sé por donde camine que acierte, pues me tienen tomadas las veredas; no se me da nada del castigo, ni de haber perdido, porque creí haber ganado, mas otra vez no perderé. Ahora no quiero dejarte quejoso (me respondió), sin razon te culpo: mas ¿de cuál de todas estas, deseo saber, lo sacaste? Alargué la mano, diciendo : De esta es la falta, y enseñéle como y por donde. Holgóse de la gran sutileza, mas no quisiera que tuviera tanta, porque se temian mucho no la emplease en mal algun tiempo. Mandóme alzar la caja, y que me la llevase. De estas cosas pasaban por mí muchas. Gustaba de ellas y de mí como de un joglar; porque si algun paje se dormia, bien pudieran otro dia comprarle zapatos y medias, que libramientos de cera eran sus despertadores. Nuestro ejercicio era cada dia dos horas á la mañana y dos á la tarde oir á un preceptor que nos enseñaba, de quien aprendí, el tiempo que allí estudié, razonablemente la lengua latina, un poco de griego, y algo de hebreo; lo mas, despues de servir á nuestro amo, que era harto poco, leíamos libros, contábamos novelas, jugábamos juegos : si salíamos de casa era solo á engañar buñoleros, que con los pasteleros buen crédito teníamos ganado. De noche dábamos elegías á las damas cortesanas, y á las puertas cantaletas. En esto pasé hasta que me apuntó la barba; y aunque te parecerá vida de entretenimiento, era entretenerme en un palo, con una argolla al pescuezo puesto á la vergüenza: todo me hedia, nada me asentaba, dia y noche suspiraba por mis pasados deleites. Cuando me vi mancebo (que pudiera bien ceñir espada) holgara de algun acrecentamiento, de donde pudiera cobrar esperanzas para valer adelante; y estoy cierto, que si mis obras lo merecieran no me faltara, mas en lugar de cobrar juicio, y hacer cosas virtuosas para ganar la voluntad, obligando con ellas, dí en jugar, aun hasta mis vestidos, y como era un poco libre, tambien lo andaba en el juego: siempre procuré aprovecharme de todas cuantas trampas y cautelas pude, en especial jugando á la primera. ¡Cuántas veces yendo en dos tomé tres cartas, y teniendo cinco envidé con las tres mejores! Cuántas veces tomé la carta postrera, y ponerla debajo, veia si era buena ó no, y muy despacio brujuleaba la otra ya vista, y

hacia partidos que era robar en poblado! ¡ Cuántas veces tenia un diácono á mi lado, que se hacia dormido, y me daba las cartas por debajo! ¡Cuántas veces andaba un adalid por cima que me daba el punto de los otros, para saber el que tenian, y á qué iban, y por señas tan sútiles me lo decia, que era imposible poder entenderse! ¡Cuántas pandillas hice, dando al contrario cincuenta y dos, y quedándome con as hice cincuenta y cinco, ó con un cinco, que hice cincuenta y cuatro, y mejoré mi punto, ó gané por la mano! Pues ya cuando jugábamos dos á uno, y nos dábamos las cartas, tomar naipe deshechado, poniéndole encima, jugar con guion, hacer trascartones, poner el naipe de mayor, ó señalarle, habiéndome hecho de concierto anteriormente. ¡Oh, qué hice de ruindades y fullerías! ninguno hubo que no entendiera y supiera, todas las obraba; porque la ceguera del juego es tal, que tienen los cautelosos en él mucho campo; y si lícito fuere, digo lícito, que como en la república se permiten casas de pecados por excusar otros mayores, habia de haber en cada pueblo principal maestros de estas bellaquerías, donde los inclinados al juego las entendiesen, y no los engañasen; porque nuestra sensualidad se deja vencer fácilmente del vicio, y hace vil costumbre lo que se inventó por lícito ejercicio. Con razon se dirá vil costumbre cuando descompuestamente le siguieren, sacándole de su curso. El juego fué inventado para recreacion del ánimo, dándole alivio del cansancio y cuidados de la vida; y lo que de esta raya pasa es maldad, infamia y hurto; pues pocas veces se hace que no se le junten estos atributos. Voy hablando de los que se llaman jugadores, que lo traen por oficio y tienen por costumbre, no obstante que deseo mas que se aparten de él aquellos que son mas nobles, considerando los daños que de ello se le sigue, viendo que el malo se iguala con el bueno, y que si él gana y el otro pierde, se obliga á sufrir muchos atrevimientos y descomposturas, palabras y meneos, que la ganancia sola pudiera sufrirlo, y no un hombre de honor; y otras cosas (que no me atrevo á decir) tales de calidad, que no solo por ellas y las dichas habian de aborrecer el juego, pero las casas donde se juega. Mas ya que nuestro apetito es tan desenfrenado, no seria malo, sino importante, que sepa el mancebo las leyes, los partidos, las tretas, los engaños que en él hay ; y si de ello sacaren provecho ó rehundieren, rehunda el resto en botas, calzas, puños, cuellos, cinta en el pecho, en las mangas, donde pueda, para que no pierda su dinero y se lo lleven como bestia, que además de ganárselo burlan de él. Una cosa procuré, nunca sentarme á jugar con poco, ni de poco, ni con persona que no aventurase á ganar mucho, jugando mi real á tres, y sin dar mohina ni tomarla. Yo me entretenia ya de manera que hacia muchas faltas; y no es posible que pueda el jugador cumplir con sus obligaciones, y menos el que sirve. Yo no sé qué señor quiere

dar pan á criado jugador, porque si tiene hacienda á su cargo, hacienda de que puede aprovecharse, y pierde, ha de jugar por cuenta del amo, por si acaso podrá esquitarse; pero si vuelve á perder, y no tiene de qué pagar, ha de hacer otro mayor dano cuando aquel quisiere remediar : si no tiene á cargo hacienda, no es posible asistir á las horas que debe servir, ni le han de hallar cuando fuere menester, como á mí me aconteció. Sentíalo monseñor en el alma; nada pudo aprovechar conmigo, amonestaciones, persuasiones, palabras ni promesas, para quitarme de malas costumbres : y estando una vez con los demás criados de casa (en mi ausencia), les dijo lo bien que me queria, y deseo que de mi bien tenia; y pues conmigo no bastaban buenos medios, se usase una estratagema; que echándome unos dias de casa, podria ser que viendo mis faltas, amansaria conociendo mi miseria; pero que no se me quitase la racion, porque no hiciese cosa torpe ni mal hecha. O virtud singular de principe, digna de alabanza eterna, y á quien deben imitar los que quieren ser bien servidos! que si los criados no son cual yo era, es imposible no dar mil vidas por solo un pequeño gusto de los tales amos. Previnome la necesitad forzosa de la comida : ¡Líbreos Dios todopoderoso de tal necesidad! todas las otras, trabajo se padece con ellas; pero el comer, y no tener de qué, llegar la hora y estar en ayunas, pasar hasta la noche y no haberlo hallado, no aseguro la primera capa que se encontrare por la mitad de lo que vale. Hizose así, y en tiempo harto trabajoso, porque como un dia y una noche hubiese estado jugando, y perdido cuanto dinero tenia, y del vestido me quedase solo un juboncillo y zaraguelles de lienzo blanco, viéndome así, metime en mi aposento, sin osar salir de él; y aunque me quise fingir enfermo, no pude, porque monseñor era tan puntual en la salud y cosas necesarias de sus criados, que al momento me hiciera visitar de los médicos; y tambien porque de boca en boca luego se supo en toda la casa mi daño. Como le falté á la mesa tantos dias, preguntaba siempre por mí; pesábale que se dijesen chismes, y de que unos fiscaleasen á otros; y así le decian : Por ahí anda. Creció su sospecha, no me hubiera sucedido alguna desgracia, y apretando mucho por saber de mí, fué necesario satisfacerlo diciéndole la verdad. Pesóle tanto de mi mala inclinacion, viendo cuan disolutamente, sin temor ni vergüenza procedia, que mandó me hiciesen un vestido, y con él me echasen de casa en la forma que lo habia mandado antes. Vistióme el mayordomo, y despidióme. Corríme tanto de ello, que como si fuera deuda que me debiera tenerme monseñor consigo, echando bravatas, me salí, sin querer nunca mas volver á su casa, no obstante que me lo rogaron muchas veces de su parte con recados y promesas, diciéndome el fin con que se habia hecho, y solo haber sido pensando reformarme. Significaronme lo que me queria, y

en mi ausencia decia de mí : nada pudo ser parte que volviese, siempre tuve mis trece, que parecia vengarme con aquello; extendíme como un ruin, quedéme para ruin, pues fui ingrato á las mercedes y beneficios de Dios, que por las manos de aquel santo varon de mi amo me hacia: justa sentencia suya es, que á quien las buenas obras no aprovechan, y las tiernas palabras no mueven, las malas le domen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mio que tuve, dándoseme por todo nada, como si nada me faltara. ¡ Cuánto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué, porqué ni para qué, pues ni en mi capacidad cabia, ni á mi servicio se debia, ni por gratitud lo merecia! Qué mal supe conservar aquel bien presente, ni merecer el que con aumento esperaba, y sin duda recibiera! ; Qué desconocido anduve al regalo con que fuí curado! ¡Qué olvidado de la solicitud con que fuí administrado! ¡ Qué ingrato á la caridad con que fuí servido! ; Qué descuidado del cuidado con que fuí doctrinado! ; Qué soberbio á la mansedumbre con que fuí amonestado! ¡ Qué pertinaz á las dulces palabras con que fui persuadido! ; Qué sordo á las graves razones amorosas con que fui reprendido! ¡ Qué áspero á la paciencia con que fui sufrido!; Qué incorregible al favor con que fuí defendido! Qué rebelde á los medios que para mi remedio se buscaron! ¡Qué incapaz del buen término con que fui tratado! ¡Y qué sin enmienda de los descuidos que me disimularon! Si cualquiera de los dos que me tuvieron por hijo fuera vivo, ni ambos juntos que volvieran á su prosperidad, hicieran tanto, ni con tanto amor, sufriéndome por solo él tantas y tan perjudiciales travesuras, que así tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre, sino cual en la mia. Con menos respeto trataba en su presencia, que si fuera igual mio, y él con entrañas de Dios me lo sufria. Estoy cierto que quien me engendró me hubiera aborrecido y dejado de la mano, cansado de mis cosas: monseñor no se cansó, no se indignó ni airó contra mí. ; O condicion real, heredada del padre verdadero, hacer bien, y mas bien á los tales como yo! Esperándome un dia, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya excusa, y que atajados con vergüenza, pronunciemos contra nosotros la sentencia que nuestros delitos merecieren. En todo seguí mi gusto, á todo hice oidos de mercader; apelé para mi carne, que pronta para mis vicios, en seguirla me desvanecí; tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia, y para no dejarlos firmeza. Tanto en ellos era natural, como extraño en las virtudes. Querer culpar á la naturaleza, no tendré razon, pues no menos tuve habilidad para lo bueno que inclinacion para lo malo; mia fué la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razon, siempre fué maestra de verdad y de vergüenza; nunca faltó en lo necesario; mas como se corrompe por el pecado, y los mios fueron tantos, yo produje la causa de su efecto, siendo verdugo de mí mismo.

CAPÍTULO X.

and a spiriture con clot El dia ous en la casa focheres comer

Como despedido Guzman de Alfarache de la casa del cardenal, asentó con el embajador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó á un gentilhombre napolitano, con que da fin á la primera parte de su vida.

No me puedo quejar de haberme monseñor despedido de su casa, si, como dije (y fué verdad), tanta instancia hizo por volverme á ella; mas como hervia la sangre, considerelo bien mal. Quiero decir bien mal, de no considerar mi mal bien. Andábame vagando la flor del berro por las calles de Roma, y como tenia de la prosperidad algunos amigos de mi profesion, viéndome desacomodado me convidaban, aunque me costaba muy caro, que la comida en companía del malo, dando el alimento á cuerpo, destruye con malos humores el alma: que mas me destruian sus malos consejos y costumbres, de que solo me ha quedado el arrepentimiento; porque lo vine á conocer cuando ya me hallé con el agua á la boca. Entranse los vicios callando, son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido: son tan fáciles de recibir, cuanto dificultosos de dejar; y los tales amigos son fuelles, encienden la llama que comienza á arder, y con una centella levantan gran hoguera. Bien pudiera yo cobrar mi racion, habiéndome dicho el mayordomo de mi amo que fuese ó enviase por ella cada dia, mas dejélo de obstinado, y queria mas la hambre con los malos, que hartura de los buenos. Ben presto me dieron el pago los que me aconsejaron que la perdiese, y por cuya confianza yo lo hice: cansáronse muy presto de dármelo; no solo no me lo dieron, mas por no dármelo me aborrecieron. Esto de huéspedes tiene misterio; siempre hallé en el que convida boca de miel y manos de hiel: con franqueza prometen, con avaricia dan, con alegría convidan, y con tristeza comen. Los huéspedes han de ser á deseo ricos y de pasaje, han de pisar póco la casa, calentar poco la silla, y asistir poco á la mesa para no dar hastio. No te fies, creyendo ser hospedado liberal y francamente, como suenan las palabras, que para mí es regla cierta de hospederías haberse de recibir de un pariente una semana, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año, y de un mal padre toda la vida. Solo el padre no se cansa, que